



Este es el primer lavatín del país que ha sido arrendado y el que más técnica instalada tiene.

Reabrió sus puertas La Cubana

La conocida antigua tintorería de la calle Martí funciona bajo un sistema de arrendamiento que asegura varios servicios

Texto y fotos: Xiomara Alsina

Los más de 30 años que Abel Montiel León lleva vinculado al trabajo en el combinado mixto La Cubana, de la calle Martí, en Sancti Spíritus, resultan más que suficientes para realizar cualquier tipo de labor relacionada con el lavado, secado y planchado de ropas. Esa quizá sea la razón por la que, luego de que el centro pasara por etapas buenas y malas, él formara parte de los cinco obreros que hoy integran el pequeño colectivo que funciona bajo el sistema de arrendamiento, que acaba de comenzar.

“Pasamos tiempo inactivos, luego se hizo una gran inversión para montar todo este equipamiento y años más tarde cerró, hasta que hace poco se autorizó el proceso de arrendamiento y a partir del primero de abril reabrimos al público. Ahora trabajamos de lunes a sábado entre las 8.00 a.m. y las 6:00 p.m. y realizamos el lavado y secado de ropa, pero en breve pensamos incorporar el planchado, aunque contamos también con un taller de reparación y mantenimiento de cocinas de inducción y estamos habilitando una tienda, para la venta de útiles del hogar y productos de higiene”.

Poco a poco los espirituanos van conociendo sobre el desempeño de la emblemática tintorería que ya puede recibir a clientes residenciales o del sector estatal, con precios que están en dependencia del peso de las prendas recibidas, pues cada vuelta de lavado y centrifugado debe estar entre cero y 5 kilogramos que incluye el detergente y tiene un valor de 130 pesos.

“Aquí les informamos a los clientes todo lo relacionado con el nuevo precio, además del procedimiento que se aplica a la ropa según el tipo de lavado y en qué tiempo pueden recoger el bulto. Pero contamos también con el servicio de secado, que

tiene un precio de 150 pesos por cada vuelta, a lo que se suman los productos agregados, como detergente en polvo, suavizador de ropas, esencias, entre otros. Incluso, doblamos y empacamos las prendas para facilitar la labor de los clientes”, aclara Montiel.

Entusiasmado con esta labor está también Jauer Eduardo Rodríguez García, representante del arrendamiento en la unidad La Cubana, un joven que procede del combinado de Garaita, donde existe un servicio de tintorería que durante años le aportó la experiencia suficiente para trabajar con este tipo de equipamiento.

“Dos meses estuvimos en los preparativos antes de la reapertura —aclara Jauer—, al principio pensé que las máquinas estaban en mejores condiciones, porque se trata de lavadoras italianas y españolas que fueron montadas en el 2015, pero cuando me enfrenté a las reparaciones comenzaron a salir los problemas, por ejemplo, los secadores llevaban un mantenimiento semanal con una especie de soplador para erradicar las partículas en ellos, y eso aquí no existía.

“Por suerte, el propio desem-



El servicio de secado tiene un precio de 150 pesos.

peño nuestro con los equipos en la unidad de Garaita nos permitió que fuéramos conociéndolos y así aprendimos a tarequearlos, como se dice en buen cubano, aunque para esta nueva etapa contamos con la ayuda de los mecánicos de Santa Clara”.

¿Cuentan con la materia prima?

Aquí tenemos lo necesario y se siguen haciendo contrataciones con diferentes proveedores para adquirir nuevos productos.

Este es el primer lavatín del país que ha sido arrendado y el que más técnica instalada tiene. Ya han venido varios clientes estatales que se han acercado a la unidad para demandar nuestros servicios, entre ellos el Hogar Materno Provincial, Hostal del Rijo, el Hotel Plaza, Los Laureles, Rancho Hatuey...

En los pocos días de funcionamiento la población se ha interesado por los servicios y en la medida que se conozca vendrán más, pues, aunque los precios variaron, el solo hecho de lograr que por 130 pesos puedas lavar y centrifugar un bulto de 5 kilogramos de ropas —ya sean colchas, edredones, cortinas y otras prendas pesadas— es factible, si se tienen en cuenta el precio del detergente, la mano de obra e, incluso, la energía que se consume en este proceso, que aquí anda en el orden de los 40 pesos por cada lavado, algo que estamos proponiendo analizar con la OBE; porque se trata de servicios que van directamente a la población o a los organismos.

¿Y los proveedores?

Estamos en el proceso de ampliar las contrataciones con mipymes, trabajadores por cuenta propia, con la YESA de Santa Clara, la Empresa Universal de Sancti Spíritus y con todos los que nos puedan aportar productos que aseguren nuestra labor y otros destinados a las ventas en la tienda que abriremos próximamente, la cual tendrá presencia de artículos para el hogar y de limpieza.

El magisterio me ha devuelto a la vida

Tras combatir durante más de cuatro años contra el cáncer, el reconocido profesor espirituario José Francisco Echemendía Gallego cuenta su historia

José Lázaro Peña Herrera

Ella lo ayuda a incorporarse. Él está en cama y se reclina sobre una almohada, visiblemente adolorido. Acomodan el cuerpo con esfuerzo, él coloca sus espejuelos en el rostro y se dispone a contar una historia de lucha, de esas que no cuenta nadie por temor a la vergüenza.

Por encima del nivel de las sábanas aprecio al profesor: amaratado, calvo, no muy alto de estatura, pero de buena complexión física. Por debajo de ellas, una sola pierna.

José Francisco Echemendía Gallego alberga en su rostro el cansancio que ha legado una batalla de más de cuatro años contra el cáncer, cuatro años del carajo, como él mismo refiere, pero en los cuales ha descubierto a su trabajo, al reconocimiento, a su familia, colegas, estudiantes y amigos como los mejores asideros posibles.

Antes de ahondar en tan desgastante cruzada contra el mieloma que le arrebató la extremidad y le ha provocado tantas angustias, decide contar buena parte de su vida y reconocer a quienes no se han separado ni un solo momento en estos días:

“Pertenezco al sexto contingente del destacamento pedagógico. Llegué al magisterio casi por azar, luego de un llamado de Fidel, cerca del año 80. Nunca tuve en mente que acabaría dedicando mis días a esta noble profesión”.

Durante sus más de 40 años con el compromiso de instruir, José Francisco trabajó en diferentes escuelas y desempeñó funciones variadas: metodólogo provincial y municipal, profesor en escuelas pedagógicas y en el IPVCE... Siempre estuvo vinculado en general a la enseñanza del Español-Literatura, aunque en la universidad también impartió materias relacionadas con la plástica, la historia del arte y estudios lingüísticos, como la gramática.

“Creo que uno no puede sino sentirse satisfecho, completo y feliz cuando mira hacia atrás y ve una carrera sólida y gran aceptación por parte de los amigos; apoyo, admiración y respeto gigantescos, cosas que agradezco hoy, cuando vivo esta etapa, sin duda, la más compleja de mi vida”.

Delegado del Poder Popular durante

algunos años, piensa a la educación como una plaga benéfica que permea cada una de las esferas de su existencia, incluso la política. “Cada vez que elaboraba un informe, lo reconocían. Sin autosuficiencias, pero mis informes bonitos y bien compuestos descollaban por su calidad”.

“Creo que los profesores abnegados avanzamos hacia un punto sin retorno: una vez la ejerces, acabas por entregarle el alma a esta labor y, al menos en mi caso (y aquí no puede evitar llorar) esta experiencia me vuelve dichoso. No concibo mi vida sin el magisterio porque ha sido el magisterio quien me ha devuelto a la vida”.

José cuenta cuán determinante ha sido su familia. “Un bastón, un hombro, un brazo, un abrazo —asevera—. Mi esposa y mi hermano han estado pendientes de todo, como si fuera un niño pequeño. Tener a mis allegados cerca es un placer que no todos logran conocer. Los míos se mantuvieron días y noches sin dormir, al pie del cañón”.

Perdió la pierna hace, como mucho, un par de meses. La enfermedad base, el mieloma, se encuentra en estado actual de remisión, lo cual es favorable. “Me da un respiro físico y mental porque mientras esté así, las cosas están a mi favor. No es lo mismo tener esa espada de Damocles viéndote desde arriba”.

Confiesa: “Vivo pujando porque el ánimo no caiga y la esperanza no se venga abajo, pienso en mi familia y en los que no lo son, pero se comportan como si lo fueran, en estudiantes y amigos. Visualizo que todo sale bien y que todo fluye, mi estado de salud mejora y acepto una nueva oportunidad”.

Entonces le recuerdo a mi profesor de matemáticas de séptimo grado, Félix Marín: estelar como José, que perdió su pierna derecha por causa de la diabetes y sí, mantuvo la esperanza, sanó, continuó en las aulas y le robó muchos años a la parca.

Justo antes de irme se enerva: extiende la espalda, oprime las sábanas, tensa el rostro, deja caer un par de lágrimas y en un acto de vehemencia, con más resolución que congoja, acaso porque sabe que la lástima pertenece a los vencidos, me dice para que entienda: “¡Pero hay que dar batalla, compadre!”. Y su sentencia lo salva porque José, cual ave fénix, resurge de las cenizas.



José junto a Marisela, su compañera. /Foto: Vicente Brito